

El neoliberalismo autoritario y el auge de las nuevas derechas

Authoritarian neoliberalism and the rise of the new right

Matías Leandro Saidel¹

msaidel@fts.uner.edu.ar

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6188-1257>

Resumen: En este trabajo analizamos la noción de *neoliberalismo autoritario* en un marco de auge de nuevas derechas radicales, entendiendo que ambos fenómenos deben ser considerados en su especificidad, pero también en su relación. Siguiendo a Bruff y Tansel, Ryan y Dardot y Laval, el concepto de *neoliberalismo autoritario* busca marcar una nueva etapa dentro de la *governance* neoliberal posterior a la crisis financiera global de 2007, que es transversal a distintos tipos de regímenes políticos y configuraciones partidarias, a la vez que remite a los orígenes violentos y autoritarios del propio neoliberalismo. A su vez, permite matizar la oposición tajante entre un neoliberalismo democrático, consensual y progresista en el Norte global y un neoliberalismo impuesto por la fuerza en el Sur. En ese marco, hacemos un análisis de las nuevas derechas, tanto nacional-liberales como social-identitarias, que emergen con fuerza en los últimos años, como un efecto de la propia globalización neoliberal que no pone en cuestión al neoliberalismo como sistema de poder. Por ello, concluimos señalando que, en la medida en que sigan proliferando las desigualdades, y ante la ausencia de alternativas creíbles en la izquierda, es probable que el neoliberalismo autoritario y la derecha radical continúen consolidándose.

Palabras clave: neoliberalismo autoritario, nueva derecha radical, capitalismo neoliberal, gubernamentalidad.

Abstract: In this paper we analyze the notion of authoritarian neoliberalism in the framework of the rise of the new radical right, assuming that both phenomena must be considered in their specificity, but also in their relationship. Following Bruff & Tansel, Ryan and Dardot & Laval, the concept of authoritarian neoliberalism seeks to spot a new stage within neoliberal governance after the 2007 global crisis, which is transversal to different types of political regimes and party configurations, while it also refers to the violent and authoritarian origins of neoliberalism itself. At the same time, it makes it possible to tone down the sharp opposition between a democratic, consensual, and progressive neoliberalism in the global North and a neoliberalism imposed by force in the South. In that framework, the new political right, both national-liberal and social-identitarian, that have strongly emerged in recent years, are considered as an effect of neoliberal globalization itself that does not call into question neoliberalism as a system of power. Therefore, we conclude by noting that, to the extent that inequalities continue to proliferate, and in the absence of credible alternatives on the left, authoritarian neoliberalism and the radical right are likely to continue to consolidate.

Keywords: authoritarian neoliberalism, new radical right, neoliberal capitalism, governmentality.

¹ Conicet-INES / Facultad de Trabajo Social de la Universidad Nacional de Entre Ríos. Ríoja 6, Paraná, Entre Ríos, Argentina.

Introducción

En los últimos años, especialmente después de la crisis financiera global de 2007 y la respuesta que distintos Estados occidentales tuvieron frente a la misma —desde el salvataje a los bancos, los desahucios, los programas de ajuste estructural para los Estados endeudados, la represión de las protestas y el endurecimiento del *workfare* y el *debtfare*—, diversos teóricos han señalado la emergencia de un neoliberalismo autoritario (Bruff, 2013; Tansel, 2017; Ryan, 2019) o punitivo (Davies, 2016).

Para algunos, esto representa una nueva etapa en el capitalismo neoliberal, que puede ser claramente diferenciada de su período hegemónico (Davies, 2016), caracterizado por un intento de construir consensos en torno a la legitimidad y necesidad de las políticas neoliberales (Davies, 2016; Bruff, 2013; Tansel, 2017). Incluso, la radicalización de la crisis con los mismos remedios neoliberales que la habían generado —como las respuestas austericidas desarrolladas sobre todo por la Troika en Europa o los ciclos de endeudamiento y ajuste en América Latina—, ha sido el caldo de cultivo de lo que varios autores han denominado como “fascismo neoliberal” (Giroux, 2018; Fassin, 2018), “neofascismo” (Lazzarato, 2020; Sztulwark, 2019; Cavallero y Gago, 2019; Guamán *et al.*, 2019), “postfascismo” (Traverso, 2016) o “autoritarismo libertario” (Brown, 2019). Este momento autoritario del neoliberalismo encontraría su culmen en la consagración electoral de Trump y Bolsonaro como representantes más destacados de la *derecha radical populista* (Antón-Mellón y Hernández-Carr, 2016; Mudde, 2021; Acha, 2021).

Cabe reconocer así dos fenómenos concomitantes que deben ser analizados en su singularidad y en su relación recíproca. Por un lado, el devenir autoritario del neoliberalismo y, por otro, el auge de una nueva derecha radical capaz de ganar elecciones y ejercer el poder político, desplazando así el eje de la política actual hacia coordenadas cada vez más reaccionarias.

En lo que refiere al primer aspecto, sin desconocer algunas diferencias empíricas entre distintas etapas y geografías del neoliberalismo, no quisiéramos exagerar las discontinuidades entre un neoliberalismo supuestamente consensual, democrático, globalista, abierto, multicultural, plural y *progresista* y este nuevo *neoliberalismo reaccionario* (Fraser & Sunkara, 2019), pues daría lugar a una periodización predominantemente eurocéntrica (Ryan, 2019) o atlántica. En efecto, plantear la existencia de un autoritarismo neoliberal como una novedad absoluta equivaldría a desconocer, al menos, sus violentos orígenes políticos en las dictaduras genocidas del cono sur, en los

programas de ajuste estructural impuestos mediante el chantaje de la deuda a países de América Latina y África, en los *shocks* privatizadores de los países ex socialistas (Klein, 2007), no solo de Europa sino también de Asia y en el “populismo autoritario” (Hall, 1990) de Margaret Thatcher y Ronald Reagan, los cuales, según el propio Davies, han sido las figuras centrales de la etapa combativa del neoliberalismo (Davies, 2016). Incluso supondría olvidar las raíces imperialistas de los dispositivos de poder financieros, biopolíticos y disciplinarios que tuvieron sus orígenes en la dominación de los pueblos colonizados (Alliez y Lazzarato, 2016; Lazzarato, 2020; Mbembe, 2016) y la realidad persistente de la acumulación por desposesión (Harvey, 2007).

Por lo que respecta al auge de nuevas derechas, diferenciaremos, en el campo de la *ultraderecha* (Mudde, 2021; Acha, 2021), a la *extrema derecha*, con poca relevancia a nivel electoral, de la *derecha radical*, que es la que mejor ha sabido capitalizar el descontento popular en diversos países frente a la crisis generada por el propio neoliberalismo autoritario e incluso frente a experiencias de izquierda que han sido derrotadas, como la llamada “marea rosa” latinoamericana o la coalición de Syriza en Grecia. En ese marco, distinguiremos entre derechas radicales *nacional-liberales* o *neoliberales autoritarios*, que rechazan a las instituciones globales por considerarlas un estorbo de burocracias socializantes para el desarrollo del capitalismo nacional, y una derecha *social-identitaria*, crítica de las políticas de austeridad recomendadas por la *governance* neoliberal, y que promete una defensa de los derechos sociales de los trabajadores nacionales y de los valores tradicionales, excluyendo a los inmigrantes.

Ahora bien, si aceptamos que el capitalismo financiero sigue siendo el modo de acumulación predilecto y que la razón neoliberal establece las normas que rigen nuestras conductas, deberemos insistir en la distinción entre las políticas de estas nuevas derechas, signadas por una defensa de las jerarquías de raza, clase, género y nación, y el autoritarismo y la violencia inherentes a la propia racionalidad neoliberal. Esta busca transformar a los seres humanos en agentes económicos en permanente competencia. Sin embargo, a diferencia de cuanto afirman ciertas teorías del capital humano, el *homo oeconomicus* nunca puede ser del todo desantropologizado, en la medida en que se mantienen jerarquías raciales, nacionales y sexuales entre quienes pueden ser empleados y quienes deben descartarse y entre quienes pueden autogobernarse y quienes deben ser gobernados (Cornelissen, 2020; Elyachar, 2019; Salzinger, 2019).

En lo que sigue, buscaremos profundizar en estas distinciones analíticas para comprender no solo

las continuidades y rupturas al interior del capitalismo neoliberal sino también de qué manera caracterizar a las nuevas derechas.²

Neoliberalismo, gubernamentalidad y guerra

En la última década, gran parte de las indagaciones sobre neoliberalismo se han inspirado en el curso de Michel Foucault sobre el tema. Este fue dictado en 1979, cuando la *governance* neoliberal estaba dando sus primeros pasos, pero fue publicado en 2004, justo cuando se terminaba la etapa hegemónica del neoliberalismo (Davies, 2016), que, si bien estaba produciendo evidentes desigualdades a nivel socioeconómico y no había podido recuperar los niveles de crecimiento de los *treinta gloriosos*, podía legitimarse en una lógica normativa competencialista, eficientista, ágil, meritocrática y hedonista. Sin embargo, la imagen del neoliberalismo como una corriente que rompía totalmente con las jerarquías y valores tradicionales se mostró equivocada, especialmente en los períodos de crisis, y tampoco reflejaba la centralidad que para el ethos del empresario de sí mismo, como figura subjetiva del neoliberalismo, tenía y tiene la moralidad tradicional y las instituciones que de ella derivan (Cooper, 2017).

Allí donde Foucault veía un quiebre epistemológico interesante en la figura del *homo oeconomicus* propuesta por los teóricos del capital humano, como Gary Becker, que ponía en entredicho no solo al sujeto del intercambio de la economía clásica sino también al sujeto antropológico de la sociedad disciplinaria, la realidad político-social del neoliberalismo indicaba que debajo del formalismo de ese sujeto se escondía un hombre blanco, asalariado, proveedor de su familia. Este sujeto, cuando sienta amenazados sus privilegios patriarcales y del salario de blanquitud, no atacará al sistema social que genera su malestar sino a los sujetos minoritarios que vienen detrás suyo en la cascada de desprecio de la sociedad neoliberal.

En nuestra lectura, no hay una oposición tajante entre el neoliberalismo como razón gubernamental y la racionalidad bélico-estratégica en la cual dicha gubernamentalidad se inscribe. Si por un lado se despliegan distintas modalidades de gobierno de las conductas, de modulación de las subjetividades, a partir de incentivos e incitaciones a los sujetos producidos por y para dicha sociedad, al mismo tiempo esa producción de subjetividades neoliberales, empresariales, competencialistas supone

toda una serie de dispositivos disciplinarios, biopolíticos y soberanos que las moldean de manera en muchas ocasiones violenta.

En efecto, si se separa la racionalidad neoliberal de su componente estratégico en la reconfiguración de un poder de clase (Harvey, 2007) que no solo es social sino también sexual y racial (Hardt y Negri, 2020), resulta inexplicable la historia del propio neoliberalismo realmente existente, que se valió de dictaduras genocidas, de regímenes autoritarios y de represiones sumamente violentas para poder funcionar. Como señala Lazzarato (2020), para producir ese sujeto empresarial neoliberal, primero hubo que derrotarlo. Pero esa derrota no se da de una vez por todas, sino que se reactualiza de manera permanente. La guerra sigue operando en la filigrana de la paz (Foucault, 2001, p. 52).

Más aún, comprender la racionalidad estratégica del neoliberalismo, el carácter beligerante y autoritario que siempre ha tenido, permite matizar una división demasiado rígida entre etapas al interior de la gubernamentalidad neoliberal. En este sentido, si bien reconocemos la relevancia de los quiebres político-culturales y económicos que distintos autores han marcado en distintas etapas del neoliberalismo, no habría que caer en la simplificación de concebir al *neoliberalismo punitivo* (Davies, 2016) o autoritario (Bruff, 2013; Tansel, 2017) como períodos históricos estancos o novedades absolutas.

Por ello mismo, la racionalidad gubernamental neoliberal, que produce subjetividades empresariales, debe ser leída a la luz de las transformaciones del propio capitalismo y de las luchas de clases, sexos, géneros y razas. En ese sentido, el neoliberalismo es un proyecto político que contiene elementos autoritarios y beligerantes, puesto que desde sus inicios se plantea en una contraposición al socialismo y al keynesianismo y, en ese marco, se propone transformar de manera violenta el patrón de acumulación, las políticas redistributivas y sociales, y la propia subjetividad de los seres humanos que deben competir en el mercado. Para ello, no dudará en poner un freno a la democracia y apelar al autoritarismo social y político.

Neoliberalismo y autoritarismo

Si bien el concepto de neoliberalismo autoritario comienza a circular en las ciencias sociales en especial a partir de la crisis global del 2007, también sirve para marcar una continuidad profunda con las raíces mismas

² Aquí nos centramos en una tipología de las derechas políticas más influyentes. Para un análisis exhaustivo de las derechas alternativas que han surgido en las últimas décadas véase Stefanoni (2021).

del proyecto neoliberal y con su materialización política. Por supuesto, el neoliberalismo podría ser interrogado como una simple teoría de la economía, o como una teoría económica de la sociedad y la política que entiende defender la libertad del ser humano a partir de garantizar la competencia en el mercado y evitar la intromisión del Estado en la planificación económica o la redistribución de la riqueza. La pregunta que surge inmediatamente es: si en teoría el (neo)liberalismo tiene como objetivo último producir espacios de libertad para la toma de decisiones, ¿cómo es posible que se vuelva cada vez más autoritario? ¿Esa libertad es en su materialidad la misma para todos? ¿Es lo mismo ser un trabajador asalariado que uno precarizado, migrante, racializado, feminizado, etc.?

Teniendo en cuenta estas tensiones entre lo formal y lo material hay quienes, parodiando la vieja tensión entre las egregias teorías socialistas y sus decepcionantes materializaciones históricas, han marcado una diferencia entre *neoliberalismo realmente existente* y las *utopías del libre mercado* (Peck, Brenner y Theodore, 2018).³ Más allá de que el neoliberalismo nunca se planteó en dichos términos, con esa separación la teoría parece quedar inmaculada, puesto que nunca fue realmente puesta en práctica. Así, las ideas no se ven contaminadas por la violencia que supuso la implementación de las políticas neoliberales y el fracaso de sus predicciones en cuanto al crecimiento económico y el bienestar colectivo.⁴

En el extremo opuesto se sitúan quienes hacen de la realidad un simple reflejo de las ideas. En ese marco, quienes defienden el ideario neoliberal sostienen que la idea comunista es la que está en la base de los crímenes de los totalitarismos socialistas del siglo XX y que la búsqueda de la igualdad, la justicia social o incluso la planificación económica lleva siempre al totalitarismo (Hayek, 1978). *Mutatis mutandis*, quienes se oponen al capitalismo neoliberal podrán decir que toda forma de sociedad basada en la competencia y en el individualismo propietario llevarán necesariamente a un darwinismo social y a una ruptura del lazo social que será colmada por una violencia cada vez mayor.

Estas simplificaciones pueden evitarse considerando conjuntamente al neoliberalismo como “colectivo de pensamiento” y los procesos de neoliberalización (Harvey, 2007), puesto que, si por un lado, los teóricos neoliberales se opusieron a los regímenes totalitarios de la década de 1930, sus teóricos promovieron una visión elitista y

antidemocrática de la sociedad y bendijeron, más tarde, regímenes autoritarios y genocidas como las dictaduras de Chile, Brasil y Argentina. En ese marco, cuando hablamos de neoliberalismo autoritario tenemos presentes las propias reflexiones, preferencias e intervenciones de quienes se pensaban a sí mismos como defensores de la libertad —principalmente económica— frente al socialismo, el keynesianismo y el estado de bienestar y que, para ello, no dudaban en poner límites a la soberanía popular.

Este es el caso de los ordoliberales como Walter Eucken, Wilhelm Röpke, y Alexander Rüstow, que abogaban por un Estado fuerte que garantizara el funcionamiento del mercado y que, hacia el final de la república de Weimar, estaban de acuerdo con la crítica del pluralismo democrático realizada por Carl Schmitt. Para Rüstow, el Estado fuerte debía permanecer aislado de la dinámica erosiva de la democracia de masas. En los años sucesivos, estos autores van a defender la concepción de un Estado autoritario y jerárquico en oposición al totalitarismo/colectivismo (Biebricher, 2020; Davidson, 2018).

En un sentido similar, el austriaco Friedrich Hayek distinguía a la democracia, como método de producción de leyes, del liberalismo, como una doctrina sobre lo que la ley debería ser. Así, el liberalismo se opone al totalitarismo y la democracia al autoritarismo. Así como la democracia puede conducir al totalitarismo, pueden existir regímenes autoritarios e incluso dictatoriales que sean liberales.

El liberalismo [...] se preocupa principalmente de la limitación del poder coactivo de todos los gobiernos, sean democráticos o no, mientras el demócrata dogmático sólo reconoce un límite al gobierno: la opinión mayoritaria. La diferencia entre los dos ideales aparece más claramente si consideramos sus oponentes. A la democracia se opone el gobierno autoritario; al liberalismo se opone el totalitarismo. Ninguno de los dos sistemas excluye necesariamente al opuesto. Una democracia puede muy bien esgrimir poderes totalitarios, y es concebible que un gobierno autoritario actúe sobre la base de principios liberales (Hayek, 1960).⁵

Por lo demás, Hayek señala la incompatibilidad entre una democracia ilimitada y el funcionamiento del mercado. Por eso se debe garantizar que el proceso político sea manejado por élites con visiones neoliberales con míni-

³ Cuando la referencia bibliográfica no está en castellano, la traducción es propia.

⁴ Hasta cierto punto podría situarse en este plano la separación que hace Harvey (2007) entre el neoliberalismo como proyecto utópico y como proyecto político, cuyo único gran logro fue el restablecimiento del poder de la clase capitalista expresado en una redistribución geográfica y socialmente regresiva de la riqueza.

⁵ Por supuesto, la distinción establecida por Hayek no es infrecuente en el pensamiento político occidental. Por un lado, los grandes estudios sobre el totalitarismo encuentran que estos son movimientos posibilitados por el advenimiento de las masas a la arena política —es decir, por la democracia de masas— y por la ruptura de los lazos tradicionales. También señalan que estos movimientos fueron antiliberales. Lo que muchos parecen olvidar es el vínculo, claramente establecido por Arendt (1974), entre el imperialismo de las potencias liberales decimonónicas y el racismo puesto a prueba en las colonias como los primeros antecedentes de la dominación total y del exterminio sistemático y burocrático de seres humanos.

ma posibilidad de control popular y elección democrática. Esto debería incluir medidas constitucionales que eviten resultados socialdemócratas en el plano impositivo y la extensión de la democracia al ámbito económico (Hayek, 2006; Rodrigues, 2018, p. 132).

Un espíritu similar, aunque mucho menos enfocado en el aspecto institucional, encontramos en Milton y Rose Friedman, quienes sostienen que se deben limitar los impuestos y el gasto, prohibir las políticas keynesianas, constitucionalizar el monetarismo, y prohibir medidas regulatorias que desafíen los flujos económicos internacionales. En ese sentido, la economía política neoliberal es impensable sin su objetivo de *destronar a la política* (Rodrigues, 2018, p. 133; Brown, 2019).

Tanto Hayek como Friedman y James Buchanan reafirmaron estas convicciones cuando prestaron apoyo a dictaduras liberales como la de Pinochet, que representó un experimento crucial para el neoliberalismo global. De hecho, Friedman también estaba fascinado con la performance económica de Hong Kong, un Estado no democrático que tuvo un gran éxito económico debido, según el autor, a no involucrar políticas redistributivas como lo hacían Inglaterra, Estados Unidos o Israel (Biebricher, 2020).

Otro tema donde pensadores neoliberales claves muestran una concepción autoritaria refiere al racismo y la inmigración. En cuanto a lo primero, dichos intelectuales se oponían a la descolonización ya que consideraban, en base a presupuestos racializados, que las poblaciones subdesarrolladas del tercer mundo carecían de la madurez necesaria para autogobernarse. Por ejemplo, en los sesenta, Röpke defiende el Apartheid al sostener que los “negros de Sudáfrica no son solo personas de una raza completamente diferente, sino que al mismo tiempo pertenecen a un tipo y nivel de civilización completamente diferente” (Röpke, 1965, p. 139, *apud* Cornelissen, 2020, p. 354). Para el alemán, estos dos factores, raza y subdesarrollo, estaban íntimamente conectados. Por lo que respecta a la inmigración, en 1950 Röpke defiende el derecho de los países a controlar los flujos migratorios, no solo en función de sus necesidades económicas, sino también de su raza y cultura. En una afirmación que podría ser suscrita por las ultraderechas actuales, señalaba que las naciones tienen un derecho esencial a salvaguardar a sus poblaciones de inmigrantes “que pueden amenazarlas por sus cualidades... o incluso por su cantidad”. La inmigración de trabajadores debe ser controlada cualitativamente para cuidar el patrimonio espiritual y biológico, la tradición política, el carácter etnolingüístico y la estructura social del país (Röpke, 1950 en Biebricher, 2020, p. 13).

Como vemos, el propio pensamiento neoliberal contiene elementos autoritarios y antidemocráticos, ya que una parte de sus defensores consideran que las jerarquías raciales, culturales, de clase, etc. son inamovibles y que para poder instaurar el libre mercado es necesario un gobierno de expertos que se oponga a los caprichos de las mayorías, lo cual hace preferible una dictadura liberal a una democracia iliberal.⁶ Como señala Biebricher, el vínculo entre neoliberalismo y autoritarismo surge en gran medida de los propios presupuestos teóricos del neoliberalismo, donde las condiciones de la democracia realmente existente se describen de modo tal que

[...] no hay forma de concebir la transición hacia un estado de cosas más neoliberal, a menos que sea a través de actores extraordinarios y condiciones excepcionales [...] Para decirlo de otra manera, el pensamiento neoliberal inadvertidamente llega a anhelar actores políticos autoritarios que se pintan a sí mismos como destructores del status quo establecido. Solo ellos pueden cortar el nudo gordiano de la democracia de masas y disolver los triángulos de hierro que encadenan cualquier tipo de dinámica transformacional para mejor (Biebricher, 2020, p. 14).

Neoliberalismo autoritario

En el apartado anterior hemos visto algunos aspectos autoritarios del pensamiento neoliberal y algunas afinidades electivas entre la visión de sus intelectuales y los autoritarismos políticos necesarios para garantizar una sociedad de libre mercado en circunstancias determinadas. De todos modos, cuando hablamos de neoliberalismo autoritario nos referimos no solo a las formas de autoritarismo estatal que fueron necesarias para implementar las políticas neoliberales en distintas geografías, sino también al modo violento de operar de los propios dispositivos neoliberales en la transformación de los modos de gestión de la vida cotidiana. En ese sentido, Ryan (2019) señala que la investigación del neoliberalismo autoritario puede centrarse tanto en “el entrelazamiento de estatismos autoritarios y reformas neoliberales” como en procesos de neoliberalización que se dan en espacios sociales clave para el capitalismo como hogares, lugares de trabajo, espacios urbanos, etc. Esto último también tiene lugar en regímenes democráticos, cuyas prácticas buscan “proteger aún más los espacios y circuitos de acumulación capitalista” (Ryan, 2019, p. 8). En este sentido, no se trata de establecer una

⁶ Hayek también le envió, en 1962, su libro *Los fundamentos de la libertad*, al dictador portugués Salazar, señalando luego que en su régimen —como en el de Pinochet— había más libertades personales que en muchos regímenes democráticos.

diferencia tajante entre un neoliberalismo consensual y democrático en el Norte global y otro violento y dictatorial en el Sur. Por el contrario, se busca marcar distintas modalidades de subordinación de la sociedad a los imperativos cada vez más exigentes de la acumulación de capital a través de mecanismos neoliberales de gobierno y disciplinamiento de las conductas.

En ese marco, cuando hablamos de neoliberalismo autoritario tenemos que distinguir al menos tres cosas.

- (a) Un período histórico posterior a la crisis de 2007 que termina con lo que sería el momento hegemónico y consensual del neoliberalismo (Davies, 2016). Momento que, a su vez, se inscribe en una lógica más profunda de implementación de las políticas neoliberales (Ryan, 2019) que nos remiten a su propio nacimiento o etapa combativa (Davies, 2016).
- (b) El autoritarismo inherente a la propia racionalidad neoliberal y su vocación de producir una sociedad de unidades empresariales en competencia entre sí, lo que agudiza las desigualdades preexistentes y la violencia intersubjetiva.
- (c) Una corriente dentro de la internacional reaccionaria posterior a la crisis de 2007, y en particular a una parte importante de la nueva derecha.

El concepto de neoliberalismo autoritario

Uno de los primeros teóricos que puso en circulación dicha noción fue Ian Bruff (2013). Basándose en las nociones de *estatismo autoritario* esbozada por Nicos Poulantzas en los 1970 y de *populismo autoritario* utilizada por Stuart Hall para caracterizar las políticas de Thatcher, Bruff vislumbraba la emergencia de un *neoliberalismo autoritario*, que tiene sus raíces “en la reconfiguración del Estado en una entidad menos democrática a través de cambios constitucionales y legales que buscan aislarlo del conflicto social y político” (Bruff, 2013, p. 113). Después de la crisis de 2007-2008, y ante la ausencia de propuestas alternativas por parte de la centroizquierda, las políticas de austeridad permanente, que ya habían mostrado sus efectos devastadores en América Latina y África, se impusieron sin dificultad en Europa, incluso en un momento en el que el neoliberalismo estaba fuertemente desacreditado intelectualmente.⁷ En ese sentido, Bruff (2013, p.

15) sostiene que las políticas posteriores a la crisis, con sus cambios en la legalidad y la penalidad, ya no buscan construir una hegemonía y que, en ese marco, no son aptas para ganarse el consenso de los gobernados. Los cambios legales y constitucionales buscan reformar la finalidad del Estado y las instituciones asociadas en nombre de la necesidad económica, apelando a las circunstancias materiales como motivo para la incapacidad del Estado de revertir procesos como la desigualdad económica y la dislocación y para recalibrar el tipo de actividades que son apropiadas para su involucramiento (Bruff, 2013, p. 115-116).

En efecto, una vez impuesta la idea de que “no hay alternativa”, los grupos dominantes ya no buscan neutralizar la resistencia a través de concesiones, sino que favorecen la exclusión de los grupos sociales subordinados, mediante cambios en la legalidad que neutralizan los alcances de las instituciones democráticas y mediante prácticas que buscan marginalizar, disciplinar y controlar a los grupos sociales disidentes. En ese marco cabe situar la centralización del poder en el ejecutivo a expensas de la participación popular, la represión de las fuerzas opositoras, la reestructuración de los mecanismos redistributivos del Estado y el traslado a los hogares de los costos de la crisis (Bruff & Tansel, 2019, p. 4).

Como vemos, la noción de neoliberalismo autoritario, al igual que la de neoliberalismo punitivo elaborada por Davies (2016), no remite necesariamente a una forma política particular sino a una serie de prácticas de ejercicio del poder político de varios gobiernos a nivel mundial desde mucho antes de la llegada al poder de líderes como Trump o Bolsonaro. De hecho, Bruff encuentra antecedentes del neoliberalismo autoritario en la Inglaterra de los setenta, donde emerge una narrativa de la crisis de una derecha radical populista que opone el pueblo a los sindicatos y la nación a la clase. En ese marco,

los ataques retóricos sostenidos contra la “cultura de la dependencia del bienestar” y el “estado sobrecargado”, combinados con los llamamientos a una mayor autosuficiencia y valores familiares, resonaron en partes de la población que de otro modo saldrían perdiendo bajo un gobierno de Thatcher.⁸ [...] Esta construcción de un sentido común “moral” populista hizo posible que Thatcher pareciera estar con el pueblo y en contra del estado y sus intrusiones/fallas, a pesar de que los movimientos contra el bienestar y el trabajo organizado inevitablemente conducirían a la reorganización del poder de clase según líneas considerablemente más

⁷ Como sabemos, han sido en muchos casos gobiernos de centroizquierda quienes han impulsado estas políticas. En el caso de la austeridad posterior a la crisis en cuestión, podemos nombrar a Rodríguez Zapatero en España, más tarde Francois Hollande en Francia y Matteo Renzi en Italia, etc.

⁸ Este mismo discurso aparece en Estados Unidos en la misma época y es explorado en detalle por Melinda Cooper (2017).

desiguales, que beneficiarían a una minoría de “la gente” (2013, p. 117-118).

Si bien la retórica thatcheriana es antiestatista, se necesita un estado fuerte para la reforma moral, económica, política y punitiva que implica su apelación a los valores tradicionales y al pánico moral. Esto se evidenció en un discurso de ley y orden que demandaba “más vigilancia policial, sentencias más duras, mejor disciplina familiar” —todos los cuales forman aun parte del mantra de una “nueva” derecha—. La noción de populismo autoritario remite así a “un cambio desde arriba hacia el autoritarismo, impulsado, aprovechado y hasta cierto punto legitimado por una marejada populista [desde] abajo” (Hall, 1985 *apud* Bruff, 2013, p. 118).⁹

Ahora bien, si ya en los setenta los chivos expiatorios eran los sindicatos y el Estado de bienestar, con la crisis del 2007 la intensificación del neoliberalismo va de la mano de un traslado de la culpa de las instituciones financieras a los individuos y a los Estados, por permitir los excesos del sector financiero, lo cual implicaba que ellos deberían soportar la carga de reencauzar al capitalismo. Por ejemplo, se acusó a los programas de bienestar de encarnar “los mismos valores moralmente cuestionables que el Estado permitió desarrollar en el sector financiero”, y para eliminar dicho “veneno” se aplicaron “cambios y desarrollos altamente regresivos: caídas sostenidas del ingreso real; ataques a las pensiones del sector público, los sindicatos y los trabajadores; recortes drásticos en el gasto social; y el desmantelamiento acelerado del núcleo ‘no comercial’ de los servicios públicos, todo como parte del ‘necesario’ acto general de limpieza” (Bruff, 2013, p. 122).

Estas narrativas moralizantes han estado acompañadas por el impulso a subordinar el Estado a reglas constitucionales y legales que son consideradas necesarias para alcanzar la prosperidad y que vuelven obligatorias medidas de política neoliberal como la austeridad fiscal lograda mediante recortes en la provisión de bienes públicos. Esta lógica es tan válida para Europa, como para Estados Unidos o Brasil, especialmente con el gobierno de Temer, quien, luego de dar un golpe de Estado parlamentario contra Dilma Rousseff, logró reformar la constitución para congelar por veinte años el gasto público, y luego con Bolsonaro, que dejó la economía en manos de Paulo Guedes y que, enfrentado a la pandemia de covid-19, a la cual minimizó por poner en riesgo a la economía, llamó en noviembre de 2020 a “dejar de ser un país de maricones” (Reuters, 2020). En el mismo sentido, en 2011 España constitucionaliza la austeridad y la prioridad presupuesta-

ria al pago de deuda, a pesar de que su ratio de deuda no era tan elevada, y al año siguiente sucede lo mismo con Italia y Austria. En el caso europeo, esto se vuelve más enfático con las sanciones automáticas a los miembros que no cumplan con las metas fiscales y el alineamiento de las políticas impositivas y fiscales supervisadas por la Troika, con escasa o nula participación democrática de la ciudadanía concernida. Por supuesto, el caso más emblemático es el griego, donde varios gobiernos se vieron obligados a renunciar por no poder cumplir con las medidas impuestas por la Troika, llegando a su punto cúlmine con el referéndum llamado por el gobierno de Syriza que no tuvo efecto alguno sobre la decisión de los burócratas europeos (Alliez y Lazzarato, 2016; Davies, 2016).

El autoritarismo y antidemocratismos inherentes a la racionalidad neoliberal

Después de realizar una de las genealogías más exhaustivas de la racionalidad gubernamental neoliberal, Pierre Dardot y Christian Laval analizan el neoliberalismo actual, estudiando las características del *homo oeconomicus* neoliberal y las modalidades disciplinarias y violentas con las cuales se produce. Además de mostrar que la racionalidad neoliberal fue desde sus comienzos antidemocrática, en el último lustro han observado que el neoliberalismo actual horada al propio estado de derecho. Sin embargo, los autores resaltan que este carácter autoritario del neoliberalismo no debe ser confundido con el auge de la nueva derecha, que en todo caso es una deriva habilitada por aquel.

En efecto, en estos últimos años los autores observan un tránsito desde un neoliberalismo asociado a la apertura, el progreso, las libertades y el estado de derecho a otro donde imperan el nacionalismo, la xenofobia, el cierre de fronteras, el soberanismo, el securitarismo y el ataque a los derechos humanos. Lo fundamental para ellos es que las tendencias autoritarias, xenófobas, nacionalistas, misóginas, que vemos en líderes como Trump, Bolsonaro, Salvini y otros no se oponen al neoliberalismo como sistema de poder. “Al contrario, reducen los impuestos a los más ricos, recortan las ayudas sociales y aceleran las desregulaciones, particularmente en materia financiera o ecológica. Estos gobiernos autoritarios, de los que forma parte cada vez más la extrema derecha, asumen en realidad el carácter absolutista e hiperautoritario del neoliberalismo” (Dardot y Laval, 2019, s/p.).

⁹ Soren Brandes (2019) proyecta esta noción de populismo autoritario a los propios teóricos neoliberales como Milton Friedman, que en sus emisiones televisivas planteaba un antagonismo entre el pueblo, representado por el mercado, y el gobierno parasitario.

En ese sentido, lo novedoso es que el antidemocratismo que hemos comentado más arriba hoy se plasma en un cuestionamiento cada vez más explícito a la democracia liberal y en la deriva autoritaria del propio neoliberalismo, independientemente de si se trata de gobiernos de extrema derecha, conservadores o socialdemócratas.

Para Dardot y Laval, el neoliberalismo actual, en tanto sistema de poder que gobierna nuestras vidas, segrega una forma política que combina autoritarismo antidemocrático, nacionalismo económico y racionalidad capitalista ampliada. Dicha situación deriva de una crisis de la democracia liberal-social producida tras cuatro décadas de neoliberalización que llevaron a los perdedores del orden de la competencia a refugiarse en una extrema derecha que ha sabido hacerse eco de ese resentimiento.¹⁰ Aprovechando dicha situación y la crisis de la democracia liberal-social que ha provocado y sigue agravando, el nuevo neoliberalismo radicaliza la guerra contra la población y el dominio del capital sobre la sociedad. Da lugar así a una síntesis novedosa de nacionalismo económico, liberalización económico-financiera y política proempresarial, que se apoya en un nuevo estado de legalidad. Este consiste en un refuerzo de los mecanismos securitarios y de control basados en el paradigma de la guerra contrainsurgente (Harcourt, 2018) que es aplicado sobre la propia ciudadanía, lo que —sobre todo a partir de la guerra contra la delincuencia, las drogas y el terrorismo— pone en tela de juicio aspectos centrales del Estado de derecho.¹¹

Si bien es cierto que líderes como Emmanuel Macron, Angela Merkel y Justin Trudeau siguen defendiendo al menos verbalmente los derechos humanos, la división de poderes, la tolerancia y la igualdad frente a la ley que la derecha radical cuestiona abiertamente, el propio Macron, que se pretende defensor de la democracia liberal y de la república frente al *Rassemblement National*, no ha dudado en implementar un “bonapartismo empresarial”, fuertemente represivo y centralizador del poder. En ese sentido, la guerra económica y policial emprendida por el neoliberalismo contra la democracia liberal-social no se produce en el marco de un estado de excepción permanente (Agamben, 2004, sino que empieza a formar parte de la nueva legalidad (Harcourt, 2018), vaciando a la democracia y al estado de derecho desde adentro (Dardot y Laval, 2017).

Es a partir de dicho vaciamiento y del descontento generado por las crisis recurrentes y sus soluciones neo-

liberales —y la ausencia de una alternativa de izquierda (Bruff, 2013)— que cobra fuerza una derecha radical, que no duda en apelar al odio al inmigrante, al pobre, a las mujeres, a lxs transgénero, etc. como un modo de movilizar al electorado y de imponer su visión de la sociedad.

Nuevas derechas, autoritarismo y neoliberalismo

En los últimos años se viene debatiendo acerca de las *nuevas derechas* y su crecimiento electoral en el marco del neoliberalismo autoritario. En ese sentido, cabe diferenciar a las tradicionales derechas conservadoras y liberales, que siguen representando el *mainstream* político-electoral, de la *ultraderecha* (Mudde, 2021; Acha, 2021), y, al interior de este grupo heterogéneo, a la *extrema derecha* de la *derecha radical*. En efecto, los movimientos neofascistas, nostálgicos del período de entreguerras, adeptos al racismo biologicista y proclives a expulsar a los extranjeros de sus países, siguen siendo marginales.¹² No obstante, hoy está en auge una *derecha radical*, que combina nacionalismo, nativismo, autoritarismo, xenofobia, racismo culturalizado, misoginia, etc. pero sin glorificar el pasado fascista ni pretender expulsar a los extranjeros, excepto los ilegales (García Olascoaga, 2018).

En este sentido, Cas Mudde explica que en el siglo XXI asistimos no tanto a una nueva ola neofascista, sino a “la ‘desmarginación’ y normalización de la ultraderecha en general —y de la derecha radical populista en particular—” (Mudde, 2021, s/p).¹³ En efecto, lo que hace apenas tres o cuatro décadas, era motivo de escándalo y de movilizaciones de protesta —como la aparición en Europa de líderes o partidos con un discurso antinmigración— no solo hoy cosecha adhesiones, sino que empieza a formar parte del programa de los partidos de centroderecha tradicionales.¹⁴ A medida que los temas socioculturales y la política de la identidad se vuelven cada vez más centrales, la derecha radical obtiene más poder político y capacidad de marcar la agenda. De hecho, hasta la reciente derrota electoral de Donald Trump, tres de los cinco países más poblados del planeta —India, Brasil, Estados Unidos— eran gobernados por fuerzas de derecha radical, mientras que la mayor potencia industrial y demográfica mundial en la actualidad, China, posee un régimen autoritario de partido único. Además, las derechas radicales gobiernan

¹⁰ Como veremos, este resentimiento es fundamental para Brown (2019).

¹¹ La transmutación de una guerra contra las drogas en guerra contra las poblaciones está desarrollada en Paley (2018).

¹² Quizás la excepción más importante en la UE sea Amanecer Dorado en Grecia, un partido neofascista que llegó a tener una amplia representación parlamentaria.

¹³ Mudde recorre tres olas previas de ultraderecha de posguerra para llegar a analizar la cuarta ola que habría comenzado con el nuevo siglo. Estas serían, el neofascismo (1945-1955), el populismo de derecha (1955-1980), la derecha radical (1980-2000).

¹⁴ Un ejemplo hartamente comentado es el del FPÖ austríaco. En 1999, bajo el liderazgo de Haider, obtuvo el 27% de los votos en las elecciones parlamentarias y luego fue incorporado al gobierno. Como respuesta, hubo manifestaciones y un boicót internacional. En 2018, dicho partido regresó al gobierno sin generar protesta alguna (Mudde, 2021).

otros Estados importantes y empiezan a formar gobierno en sistemas parlamentarios europeos, desplazando la frontera de lo políticamente decible y aceptable. En ese marco, su discurso nativista, xenófobo, misógino y autoritario comienza a ser adoptado por la derecha tradicional. En ese sentido, Mudde (2021) plantea que si la *extrema derecha es una patología normal* de las democracias liberales —un fenómeno premoderno de una minoría desconectada de la realidad—, la centralidad de la *derecha radical populista* da cuenta de una *normalidad patológica*, en la medida en que representa una radicalización de los valores del sistema político imperante.

Según Mudde, a diferencia de la *extrema derecha*, que rechaza la soberanía popular y el pluralismo político, la *derecha radical* acepta la democracia, aunque se opone a aspectos centrales de la democracia liberal como los derechos de las minorías, el Estado de derecho o la separación de poderes. Esta derecha radical frecuentemente es *populista* en el sentido de proponerse como expresión genuina del pueblo frente a las élites corruptas (tanto políticas como económicas), que —según este discurso— solo buscan su propio beneficio y corrompen a la nación con sus ideas posmodernas, progresistas o su “marxismo cultural” (Mudde, 2021).¹⁵ Al mismo tiempo, suele abogar por una *etnocracia*, cerrando las fronteras a los inmigrantes y aceptando solo a los extranjeros residentes que logren asimilarse culturalmente. Esto da lugar en Europa y Estados Unidos a una fuerte islamofobia, ya que para estas nuevas derechas los musulmanes quieren destruir la cultura occidental y reemplazar a la población blanca. Esta xenofobia es reforzada por la obsesión con la seguridad, cuya ausencia generalmente es asociada a la presencia de extranjeros —a quienes se acusa de delincuentes—, y al multiculturalismo. Esta obsesión con la seguridad —y el punitivismo correlativo, con leyes más duras y mayores tasas de encarcelamiento— no ha parado de crecer a pesar de que en la mayoría de los países occidentales la tasa de criminalidad ha descendido. En cuanto a política exterior, la ultraderecha desconfía de las organizaciones supranacionales, como la ONU o la UE, acusando a las “élites globalistas” de desconocer la soberanía de las naciones. Asimismo, en muchos de estos grupos juega un papel fundamental la religión, como otro modo de separar al *nosotros* del *ellos* y de rescatar los verdaderos valores de la nación frente a los discursos que cuestionan

las jerarquías de género, etnia o nación. En ese sentido, Mudde señala que estos movimientos son autoritarios en la medida en que para ellos todos los problemas personales son percibidos como potencial desorden público, por lo cual ameritan un enfoque punitivo duro y una educación moral tradicional. (Mudde, 2021).

Esta nueva ola autoritaria también es abordada desde un enfoque biográfico, analítico y periodístico por Anne Applebaum. En su libro, la autora destaca la transformación de lo que era la derecha en 1999 —el liberalismo conservador atlantista favorable a la globalización— y la diferencia con lo que sucede veinte años más tarde, en sociedades absolutamente polarizadas por estas nuevas formas de nacionalismo autoritario, xenófobo y reaccionario donde se vuelve central la derecha radical. La autora analiza especialmente las trayectorias de varios líderes, periodistas e intelectuales, muchos de ellos conocidos personalmente por ella, que, proviniendo de círculos intelectuales de esa élite liberal-conservadora, han terminado promoviendo los autoritarismos que imperan actualmente en Polonia y Hungría, además del Brexit. Al mismo tiempo, la autora vincula esas experiencias con la amenaza que plantean otros movimientos de ultraderecha actuales para la democracia liberal.

En efecto, los gobiernos de Ley y Justicia (Polonia) y Fidesz (Hungría) se han desplazado del conservadurismo liberal a la derecha radical populista. En ese tránsito, han dado por tierra con la división de poderes, con una justicia y una prensa independientes, con un funcionariado profesional y con instituciones culturales y educativas no alineados con el partido, y con la posibilidad de expresión de la disidencia política. A pesar de la escasa influencia real de quienes forman su campo de adversidad, han promovido la islamofobia, el antisemitismo y el combate a la izquierda y al movimiento LGTBI.¹⁶ Todo ello legitimado a través de teorías conspirativas, *fake news*, discursos de odio y memes afines a la *alt-right* norteamericana, que buscan reescribir el pasado para modificar el futuro —a través de lo que la autora llama *nostalgia restaurativa*¹⁷— y que han ido construyendo una realidad paralela en la que viven muchos de sus promotores y seguidores.

Applebaum destaca que, para explicar el éxito de los autoritarismos, no alcanza con evocar los rasgos personales o la predisposición que —según estudios de Karen Stenner citados por la autora— un tercio de la

¹⁵ Por su parte Biebricher señala que la noción de *autoritarismo* captura lo que es realmente el “populismo de derecha” y no le da las credenciales semidemocráticas del término populismo.

¹⁶ De hecho, los estudios empíricos demuestran que en muchas ocasiones los partidos anti-inmigración obtienen más votos en lugares donde no abundan los inmigrantes (Acha, 2021).

¹⁷ Siguiendo a Boym, Applebaum (2020, p. 57-58) señala que, a diferencia de los *nostálgicos reflexivos*, los *restaurativos* no buscan solo recordar y aprender del pasado sino reinstaurarlo, construyendo mitos funcionales a nuevos proyectos nacionalistas. La mitificación de una identidad nacional pura o una comunidad sin fisuras forman parte de ese tipo de nostalgia, de la misma forma que la acusación conspirativa hacia otros “inmigrantes, élites, organizaciones supranacionales que mediante sus ataques redujeron a la nación a una sombra de lo que era— (Applebaum, 2020, p. 58).

población tendría hacia ellos. Hace falta que una parte de la élite intelectual, política, cultural y mediática, ayude a construir la legitimidad de esos liderazgos, y eso es lo que está sucediendo hoy en distintas geografías. En todo caso, para Applebaum la nueva derecha no es conservadora sino revolucionaria, en la medida que quiere: “derrocar, eludir o socavar las instituciones existentes” (Applebaum, 2020).

Ahora, si bien la centralidad política de los aspectos socioculturales dio impulso a las distintas corrientes de ultraderecha, existen diferencias programáticas al interior de dicho universo en el terreno socioeconómico. En ese marco, podemos distinguir entre un sector que cuestiona elementos del capitalismo neoliberal global —pero prácticamente no los modifica cuando tiene la oportunidad, como en el caso de Fidesz, el M5S, el PiS, etc.—, de una derecha radical ultraliberal. En ese sentido, Clara Ramas San Miguel distingue entre *neoliberales autoritarios* y *social-identitarios*. Los primeros serían herederos del neoliberalismo anglosajón y combinan

[...] una defensa a ultranza del libre mercado y el desarrollo del capitalismo sin frenos, con valores morales reaccionarios. Es, así, la suma de dos vectores. En primer lugar, posiciones ultraneoliberales en lo económico: desregulación, imperio de la meritocracia, odio larvado al pobre, recortes fiscales, desmantelamiento del Estado social, individualismo extremo. Por otra parte, posiciones reaccionarias en lo moral: vuelta a los valores tradicionales, recuperación de la religión en sus versiones más fundamentalistas, como instancia rectora de la sociedad, reforma total de las costumbres, posiciones hostiles hacia la inmigración y las minorías, odio al feminismo, rechazo del aborto y del movimiento LGTB. (Ramas San Miguel, 2019, p. 72, negritas nuestras)

Esta corriente tiene como referentes “implícitos o explícitos” a

Thatcher, los halcones del Pentágono, el Tea Party, la Iglesia evangélica, los lobbies fundamentalistas cristianos y, como intelectual orgánico, Steve Bannon. En una fórmula: libre mercado, dogma religioso y mano dura. En América, están hoy representados por Trump y Bolsonaro; en Europa, por VOX, el grupo Visegrado, el FPÖ o el PVV (Ramas San Miguel, 2019, p. 72).

La misma autora afirma, de manera coincidente con Cooper (2017), que esta corriente conservadora en-

cuentra sus fuentes en la década del setenta en Estados Unidos, en reacción a “un conjunto de movimientos sociales —protestas estudiantiles, contracultura, movimiento negro, feminismo radical, ecologismo— y ciertas políticas sociales del gobierno para paliar la pobreza”. (Ramas San Miguel, 2019, p. 72).

Sin embargo, estas nuevas derechas no forman un grupo homogéneo. Por ejemplo, en Estados Unidos la *derecha alternativa* se desarrolla con un discurso extremista en las redes sociales, comunidades de *gamers*, usando memes, una estética *millennial*, etc.¹⁸ En cambio, en Europa esta corriente es más cercana al conservadurismo tradicional. En todo caso, estas corrientes conjugan anticomunismo, fundamentalismo de libre mercado y reaccionarismo social (Ramas San Miguel, 2019, p. 74). Las mismas fueron muy importantes para producir la victoria de Trump y del Brexit, encontrando sus antecedentes en las críticas de Thatcher a la Unión Europea (Sauvêtre, 2019; Slobodian, 2019).¹⁹

El segundo grupo estaría conformado por los *social identitarios* (Ramas San Miguel) o *rojipardos* (Forti, 2020), los cuales incorporan elementos del conservadurismo tradicional antimoderno y antiliberal mezclado con algunas reivindicaciones tradicionales de la izquierda, como la defensa del *welfare* y políticas redistributivas para quienes han sufrido las consecuencias de los ajustes económicos, siempre y cuando sean considerados legítimos ciudadanos nacionales —lo que excluye a los inmigrantes—. Asimismo, suelen criticar las políticas económicas y monetarias de la Unión Europea y defender el ecologismo como un modo de preservar las formas de vida tradicionales frente al capitalismo modernizador y depredador, pero también frente al crecimiento demográfico de las poblaciones no europeas, llegando incluso al *ecofascismo* (Stefanoni, 2001).

En el fondo, podría decirse que estas corrientes, si bien plantean una crítica a la economía global financierizada, por otro lado, al igual que los nacional-liberales, en lugar de atacar las causas profundas de la crisis económica y del malestar social, pretenden utilizar como chivo expiatorio a los inmigrantes. Para ello, algunos proponen discursos y prácticas abiertamente xenófobos (AfD, Alba Dorada, etc.) y otros critican a la globalización por expulsar a los pueblos de sus tierras natales y de sus modos de vida. También puede existir una mezcla de ambos, como en el discurso de Matteo Salvini, donde se utiliza dicha defensa como pretexto para evitar la entrada de inmigrantes.

En cuanto a sus intelectuales de referencia, mientras que los nacional-liberales encontraron inspiración en

¹⁸ La *alt-right* es un conjunto heterogéneo de corrientes de extrema derecha —nacionalistas blancos, paleolibertarios, neonazis, etc.— que tiene un discurso antiestablishment y es muy activa en internet (Stefanoni, 2021). Se caracterizan por creer que “la ‘identidad blanca’ está siendo atacada por fuerzas multiculturales que se valen de la ‘corrección política’ y la ‘justicia social’ para socavar a la población blanca y ‘su’ civilización” (Mudde, 2021, s/p).

¹⁹ Sin embargo, Applebaum (2020) considera que Thatcher nunca hubiese apoyado el Brexit, ya que Gran Bretaña tenía un rol fundamental en el mercado común europeo.

el impulso y las estrategias de Steve Bannon, pieza clave en la victoria de Trump y asesor de distintos populistas de derechas, los social-identitarios se inspiran en el ruso Alexandr Duguin, el francés Alain de Benoist, “respectivamente fundadores del nacionalbolchevismo (junto con Limónov) y de la *Nouvelle Droite* francesa”²⁰ o el filósofo italiano Diego Fusaro. Precisamente Duguin, el filósofo de *La cuarta teoría política*, inspirada en buena medida en la filosofía de la revolución conservadora, señalaba en una entrevista que

El liberalismo hoy es económicamente de derechas y moralmente de izquierdas. Aborto, progresismo y gran capital. Eso es precisamente la globalización... El populismo por el que abogo es precisamente lo opuesto: económicamente a la izquierda, unido a valores conservadores tradicionales. Estos dos aspectos han sido abandonados por los liberales. En la Modernidad, la izquierda era progresismo cultural unido a justicia social, y la derecha tradicionalismo y libre mercado. Con el liberalismo actual, la parte tradicionalista y la justicia social se abandonan y demonizan. El establishment no reconoce a la derecha tradicional de los valores, que demoniza como fascismo; tampoco la lucha por la justicia social, que demoniza como estalinismo. El populismo debe unir la derecha de los valores con el socialismo, la justicia social y el anticapitalismo. Es la posición de mi Cuarta Teoría Política, de mi propuesta de “populismo integral” (Dugin, 2018, apud Ramas San Miguel, 2019, p. 77).

En ese sentido, el ruso veía en la alianza entre el *Movimiento Cinque Stelle* y la *Lega* un intento de populismo integral, pues reunía a la derecha moral con la izquierda social. Por el contrario, Trump y Bolsonaro serían parte de la derecha neoliberal.

En efecto, Trump montó su campaña sobre el malestar con las elites globalistas, a quienes acusó de haber “gastado miles de millones de dólares ayudando a que otros países —especialmente China— se hicieran ricos... Los aranceles proteccionistas, un muro fronterizo y un masivo programa de infraestructuras harían que América volviera a ser grande de nuevo” (Riley, 2019, p. 24) Sin embargo, como ya dijimos, la mayor parte de las políticas de Trump apuntaron a realizar objetivos conservadores (Riley, 2019) y beneficiaron a los más ricos.

En este ejemplo, la retórica nacionalista y la apelación a valores culturales y morales reaccionarios están

subordinados a la acumulación de capital, sin importar las consecuencias ambientales ni humanas, como quedó demostrado con el tratamiento de la pandemia de covid-19. Sin embargo, la consecuencia positiva del caso Trump es que el malestar con la globalización neoliberal y con el racismo estructural de los Estados Unidos se ha repolitizado, algo que puede verificarse en las masivas movilizaciones ciudadanas contra el racismo y la violencia de género y en la participación electoral histórica de las últimas elecciones presidenciales. No obstante, la derrota electoral de Trump no representa el fin de su legado para los *angry white men* que lo admiran en Estados Unidos y en el resto del mundo, por lo cual el neoliberalismo autoritario aún puede perfectamente transformarse en la forma dominante del neoliberalismo por venir (Biebricher, 2020).

En efecto, ni los neoliberales autoritarios ni los social-identitarios proponen alternativas al sistema de poder neoliberal, sino que lo reafirman. Al mismo tiempo, ambos comparten su vocación autoritaria, nacionalista, xenófoba y misógina. En ese marco, después de décadas de una globalización neoliberal que ha producido una desterritorialización y una precarización económica y existencial sin precedentes, la defensa de la nación se transforma nuevamente en un modo de responder a los conflictos sociales. En lugar de cambiar las reglas de juego que producen cada vez mayor pobreza y desigualdad, se busca repartir de otro modo esas desigualdades. En ese marco, el inmigrante se vuelve el chivo expiatorio a sacrificar a cambio de restaurar privilegios salariales y patriarcales.

A modo de cierre

A lo largo de este trabajo hemos intentado comprender la noción de neoliberalismo autoritario. Para ello, hemos repasado ciertas características del neoliberalismo, en tanto racionalidad de gobierno, recuperando el carácter estratégico que el mismo siempre tuvo. En ese marco, señalamos que los aspectos beligerantes y autoritarios del neoliberalismo distan de ser una novedad producida por las últimas crisis financieras. En primer lugar, porque desde sus propios orígenes intelectuales y políticos los neoliberales se caracterizaron por oponerse a la democracia, en una cruzada contra el keynesianismo, el comunismo, el estado de bienestar y la planificación económica a los que la tiranía de las mayorías llevaría inevitablemente. En ese marco, consideraban que determinadas naciones no estaban en condiciones de autogobernarse y que la

²⁰ La nueva derecha francesa surge como un movimiento neofascista pero luego adopta la idea de una lucha por la hegemonía cultural y se propone como un discurso metapolítico, apartándose de la política partidaria. Sus políticas xenófobas se apoyan en un “derecho a la diferencia”, que defiende a los pueblos europeos de ser subsumidos bajo una lógica del reemplazo poblacional y de ser aculturizados por el multiculturalismo de la globalización (García Olascoaga, 2018). Como señala Mudde, el *etnopluralismo* de esta corriente es un elemento central de la mayoría de las formaciones relevantes de derecha en la Europa actual (2021).

sociedad de mercado necesita de un Estado fuerte y a menudo autoritario. En segundo lugar, porque, una vez en el poder, no dudaron en avalar la represión violenta de las fuerzas opositoras como un paso hacia la reforma de la sociedad, llegando a participar del terrorismo de Estado, como sucedió en el cono sur. En efecto, para producir al sujeto gobernado por la racionalidad neoliberal en tanto *homo oeconomicus* y *empresario de sí mismo*, primero hubo que derrotarlo (Lazzarato, 2020), torturarlo, para luego endeudarlo, empobrecerlo y precarizarlo.

En ese marco, a pesar de la centralidad del experimento sudamericano, tuvimos la precaución de no considerar al neoliberalismo autoritario como caracterización de un período histórico estanco ni de una realidad geográficamente delimitada. Esta noción no remite solo a formas autoritarias de estatalidad que han impuesto políticas neoliberales, sino también al uso de fuerzas represivas y de las reglas jurídicas por parte de las propias democracias liberales de países desarrollados, para reformar distintos espacios sociales bajo una norma neoliberal, sin buscar el consenso de los gobernados.

En ese sentido, sostuvimos que el neoliberalismo autoritario no debe ser confundido con una suerte de neofascismo, en la medida en que es la propia racionalidad competencialista del neoliberalismo la que contiene elementos autoritarios. Esto vale tanto para quienes se presentan como baluartes de la democracia liberal y del multiculturalismo como para quienes promueven una política abiertamente reaccionaria en su ataque a los inmigrantes, a los disidentes sexo-genéricos, a quienes dependen del Estado benefactor y a los sujetos racializados. Al mismo tiempo, sostuvimos que, más que a un Estado de excepción permanente, asistimos al auge de un nuevo estado de legalidad, que tiende a consagrar de manera férrea la nueva normalidad a través de procedimientos constitucionales.

En ese sentido, hemos situado el auge de la nueva derecha y de las nuevas formas de autoritarismo político en el propio devenir autoritario del neoliberalismo, distinguiendo una derecha social-identitaria, menos influyente a nivel global y más crítica de la globalización neoliberal, de una corriente neoliberal autoritaria, que se propone llevar aún más lejos el dominio del capital sobre cada aspecto de nuestras vidas, a la vez que combate a los inmigrantes, a los sujetos racializados, al movimiento LGTBIQ e incluso a la argumentación racional y a la ciencia occidental.

La derrota electoral de Trump, quien ha sido el representante más importante de esta corriente por haber dirigido a la principal potencia mundial, suscita interrogantes respecto de su futuro. Sin embargo, podemos hipotetizar que, en la medida en que el capitalismo neoliberal siga profundizando las desigualdades económicas y sociales, el desastre ecológico y la debacle cultural, y en la

medida en que no surja una alternativa al capitalismo neoliberal que resulte creíble y apasionante para las grandes mayorías —sea esta una gubernamentalidad socialista, una racionalidad política de lo común o algo que aún no tiene nombre—, es probable que el neoliberalismo siga apelando a renovadas formas de autoritarismo y de neutralización de la democracia.

Referencias

- ACHA, B. 2021. *Analizar el auge de la ultraderecha*, Barcelona, Gedisa (ebook).
- ARENDT, H. 1974. *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid, Taurus.
- AGAMBEN, G. 2004. *Estado de excepción*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- ALLIEZ, É.; LAZZARATO, M. 2016. *Guerres et capital*. Paris, Éditions Amsterdam.
- ANTÓN-MELLÓN, J.; HERNÁNDEZ-CARR, A. 2016. El crecimiento electoral de la derecha radical populista en Europa: parámetros ideológicos y motivaciones sociales. *Política Soc.*, 53(1): p. 17-28. DOI: 10.5209/rev_POSO.2016.v53.n1.48456.
- APPLEBAUM, A. 2020. *Twilight of Democracy: The Seductive Lure of Authoritarianism*. New York, Doubleday (ebook).
- BIEBRICHER, T. 2020. Neoliberalism and Authoritarianism. *Global Perspectives*, 1(1): s/p. DOI: 10.1525/001c.11872
- BRANDES, S. 2019. The Market's People: Milton Friedman and the Making of Neoliberal Populism. In: William CALLISON; Zachari MANFREDI (eds.), *Mutant Neoliberalism*. New York, Fordham University Press, p. 61-88.
- BROWN, W. 2019. *In the Ruins of Neoliberalism: The Rise of Antidemocratic Politics in the West*. New York, Columbia University Press. (The Wellek library lectures).
- BRUFF, I. 2013. The Rise of Authoritarian Neoliberalism. *Rethinking Marxism*, 26(1): 113-129. DOI: 10.1080/08935696.2013.843250.
- BRUFF, I.; TANSEL, C. B. 2019. Authoritarian Neoliberalism: Trajectories of Knowledge Production and Praxis. *Globalizations*, 16(3):233-244. DOI: 10.1080/14747731.2018.1502497.
- CAVALLERO, L; GAGO, V. 2019. *Una lectura feminista de la deuda: "vivas, libres y desendeudadas nos queremos"*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Fundación Rosa Luxemburgo.
- COOPER, M. 2017. *Family Values: Between Neoliberalism and the New Social Conservatism*. New York, Zone Books.
- CORNELISSEN, L. 2020. Neoliberalism and the Racialized Critique of Democracy. *Constellations*, 27(3):348-360. DOI: 10.1111/1467-8675.12518.
- DARDOT, P.; LAVAL, C. 2019. Anatomía del nuevo neoliberalismo. *Viento Sur*, (164): s/p. Disponible en línea en <https://vientosur.info/spip.php?article14984>. Último acceso 30/12/2020.
- DARDOT, P.; LAVAL, C. 2017. *La pesadilla que no acaba nunca: El neoliberalismo contra la democracia*. Barcelona, Gedisa. (360 Claves Contemporáneas).
- DAVIDSON, N. 2018. Neoliberalism as a Class-Based Project. In: D. CAHILL et al. (eds.), *The SAGE Handbook of Neoliberalism*. Los Angeles, SAGE.
- DAVIES, W. 2016. El nuevo neoliberalismo. *New Left Review*, 101: p. 129-144, nov-dic.
- ELYACHAR, J. 2019. Neoliberalism, Rationality, and the Savage Slot.

- In: William CALLISON; Zachari MANFREDI (eds.), *Mutant Neoliberalism*. New York, Fordham University Press, p. 177-195.
- FASSIN, É. 2018. Le moment néofasciste du néolibéralisme. *Mediapart*, 29 de Junio de 2018., <https://blogs.mediapart.fr/eric-fassin/blog/290618/le-moment-neofasciste-du-neoliberalisme>.
- FEIERSTEIN, D. 2019. *La construcción del enano fascista: Los usos del odio como estrategia política en Argentina*. Ciudad de Buenos Aires, Capital Intelectual. (Claves del siglo XXI).
- FORTI, S. 2020. Los rojipardos: ¿mito o realidad? *Nueva Sociedad*, 288: p. 15-26, julio-agosto. <www.nuso.org>.
- FOUCAULT, M. 2001. *Defender la sociedad*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- FOUCAULT, M. 2007. *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- FRASER, N.; SUNKARA, B. 2019. *The Old Is Dying and the New Cannot Be Born: From Progressive Neoliberalism to Trump and beyond*. London, New York, Verso.
- GARCÍA OLASCOAGA, O. 2018. Presencia del neofascismo en las democracias europeas contemporáneas. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 162:3-20. <http://dx.doi.org/10.5477/cis/reis.162.3>.
- GIROUX, H. A.; YANCY, G. 2018. *American Nightmare: Facing the Challenge of Fascism*. La Vergne, City Lights Publishers. (City Lights Open Media).
- GUAMÁN, A.; ARAGONESES, A.; MAR, S. *Neofascismo: La bestia neoliberal*. Madrid, Siglo XXI.
- HALL, S. 1985. Authoritarian Populism: A Reply to Jessop et al. *New Left Review*, 1st ser., 151:115-124, May-June.
- HALL, S. (ed.). 1990. *The Politics of Thatcherism*. Repr. London, Lawrence and Wishart.
- HARCOURT, Bernard E. 2018. *The Counterrevolution: How Our Government Went to War against Its Own Citizens*. New York, Basic Books.
- HARDT, M.; NEGRI, T. 2020. Imperio, 20 años después, *New Left Review*, 120: p. 71-98, ene.-feb.
- HARVEY, D. 2007. *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid, Akal.
- HAYEK, F. 1960. *Los fundamentos de la libertad*. epub libre.
- HAYEK, F. 1978. *Camino de servidumbre*. Madrid, Alianza. [1944].
- HAYEK, F. 2006. *Derecho, legislación y libertad: Una nueva formulación de los principios liberales de la justicia y de la economía política*. Madrid, Unión Editorial.
- IPAR, E. 2018. Neoliberalismo y neoautoritarismo. *Política Soc.*, 55(3): p. 825-849. DOI: 10.5209/POSO.57514.
- JESSOP, B. 2019. Authoritarian Neoliberalism: Periodization and Critique. *South Atlantic Quarterly*, 118(2):343-361. DOI: 10.1215/00382876-7381182.
- KLEIN, N. 2007. *The Shock Doctrine: The Rise of Disaster Capitalism*. New York, Picador.
- LAZZARATO, M. 2020. *El capital odia a todo el mundo*, Buenos Aires, Eterna Cadencia.
- LÓPEZ HERNÁNDEZ, I. 2020. Los claroscuros de la crisis permanente y el desfile de los monstruos: A modo de introducción. In: FUNDACIÓN DE LOS COMUNES (ed.), *Familia, raza y nación en tiempos de postfascismo*. Madrid, Traficantes de Sueños, p. 13-40.
- MBEMBE, A. 2016. *Crítica de la razón negra*. Buenos Aires, Futuro Anterior.
- MUDDE, C. 2021. *La ultraderecha hoy.*, Barcelona, Paidós (ebook).
- PALEY, D. M. 2018. *Capitalismo antidrogas: Una guerra contra el pueblo*. México, Sociedad Comunitaria de Estudios Estratégicos y Libertad Bajo Palabra.
- PECK, J.; BRENNER, N.; THEODORE, N. 2018. Actually Existing Neoliberalism. In: D. CAHILL et al. (eds.), *The SAGE Handbook of Neoliberalism*. Los Angeles, SAGE, p. 3-16.
- RAMAS SAN MIGUEL, C. 2019. Social-identitarios y neoliberales autoritarios: dos corrientes en la nueva internacional reaccionaria. In: A. GUAMÁN; A. ARAGONESES; S. MAR, *Neofascismo: La bestia neoliberal*. Madrid, Siglo XXI, p. 70-85.
- REUTERS. 2020. Brasil debe dejar de ser “un país de maricones”, dice Bolsonaro sobre miedo al coronavirus. 10 nov. 2020. Disponible en línea en <https://es.reuters.com/article/politica-bolsonaro-idESKBN27Q39V>. Último acceso 30/12/2020.
- RILEY, D. 2019. ¿Qué es Trump? *New Left Review*, 114:7-36., ene.-feb.
- RODRIGUES, J. 2018. Embedding Neoliberalism: The Theoretical Practices of Hayek and Friedman. In: D. CAHILL et al. (eds.), *The SAGE Handbook of Neoliberalism*. Los Angeles, SAGE, p. 129-142.
- RÖPKE, W. 1950. Barriers to Immigration. In: *Twentieth Century Economic Thought*. Edited by Glenn Hoover. New York, Philosophical Library, p. 605-645.
- RYAN, M. 2019. Interrogating ‘Authoritarian Neoliberalism’: The Problem of Periodization. *Competition & Change*, 23(2):116-137. DOI: 10.1177/1024529418797867.
- SALZINGER, Leslie. 2019. Sexing Homo Oeconomicus: Finding Masculinity at Work. In: William CALLISON; Zachari MANFREDI (eds.), *Mutant Neoliberalism*. New York, Fordham University Press, p. 196-214.
- SAUVETRE, P. 2019. National-néolibéralisme : de quoi le populisme est le nom. Disponible en línea en <http://sens-public.org/articles/1470/>. Último acceso 30/12/2020.
- SLOBODIAN, Q.; PLEHWE, D. 2019. Neoliberals against Europe. In: William CALLISON; Zachari MANFREDI (eds.), *Mutant Neoliberalism*. New York, Fordham University Press, p. 89-111.
- STEFANONI, P. 2021. ¿La rebeldía se volvió de derecha? Cómo el antiprogresismo y la anticorrección política están construyendo un nuevo sentido común (y por qué la izquierda debería tomarlos en serio). Buenos Aires, Siglo XXI.
- SZTULWARK, D. 2019. *La ofensiva sensible: Neoliberalismo, populismo y el reverso de lo político*. Buenos Aires, Caja Negra.
- TANSEL, C. B. (ed.). 2017. *States of Discipline: Authoritarian Neoliberalism and the Contested Reproduction of Capitalist Order*. London, Rowman & Littlefield.
- TRAVERSO, E. 2016. Espectros del fascismo: Pensar las derechas radicales en el siglo XXI. *Herramienta*, 58: s/p. Disponible en línea en <https://www.herramienta.com.ar/articulo.php?id=2555>. Último acceso 30/12/2020.

Submitido em: 30/12/2020

Aceito em: 30/04/2021